

Cincuenta años de la Alianza para el Progreso

ANTONIO COPELLO FACCINI

El 13 de marzo de 2011 se cumplieron cincuenta años desde el momento en que el entonces presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy, en solemne acto celebrado en la Casa Blanca, con la asistencia del cuerpo diplomático latinoamericano y de varios pensadores destacados, así como dirigentes políticos de América Latina, lanzó oficialmente la Alianza para el Progreso, un esfuerzo multilateral estadounidense y de las naciones latinoamericanas para combatir el subdesarrollo económico y la pobreza generalizada del hemisferio.

Habían transcurrido muchos años desde que un historiador colombiano habló de la existencia de dos Américas Latinas: una visible y otra invisible. La primera, de la parafernalia del sector público, de las embajadas lujosas, de las ostentosas estancias y haciendas; la otra, la callada, que a su juicio era una amplia reserva de revolución, como era la América Latina de 1961, cuando Kennedy promulgó la Alianza para el Progreso y conmovió a quienes esa noche lo escucharon, personas que, con gran sinceridad, afirmaron que desde los lejanos días de Roosevelt no se habían escuchado en la Casa



La Alianza para el Progreso nació como un esfuerzo multilateral estadounidense y de las naciones latinoamericanas para combatir el subdesarrollo económico y la pobreza generalizada del hemisferio.

Blanca palabras tan nobles. Arthur M. Schlesinger, posiblemente el mejor biógrafo de Kennedy, la describe con amargas pinceladas:

He aquí un continente de doscientos millones de habitantes, de los cuales dos quintas partes [sic] menores de 15 años de edad, con un nivel de analfabetismo rayano en la mitad de la población, 30% de quienes por diversos motivos mueren antes de cumplir 40 años, una población que crece a una tasa superior a la de cualquier otra región del mundo y el 70% vive en la más absoluta pobreza y, sin embargo, adhiere de todo corazón, desde cuando rompió los vínculos con las metrópolis, a un ideal de libertad y de progreso, con la existencia de un común denominador ético y político inexistente en Asia o África.

No fue fácil hacer del ideal de la Alianza para el Progreso una realización común a los Estados Unidos y a las naciones latinoamericanas. Ella partía de la base de un abandono, por parte de Estados Unidos, de las políticas intervencionistas aplicadas en América Latina; de un inequívoco apoyo al sistema democrático de gobierno, por oposición a cualquier género de dictadura política; del suministro de recursos para el desarrollo esencial si las naciones latinoamericanas podían obtener una tasa de crecimiento adecuada; de una estabilización de los precios de los productos centrales de exportación de América Latina –francamente deprimidos entonces–; de un estímulo a la inversión privada doméstica y extranjera; y de un aumento de todos los programas de asistencia técnica y un fortalecimiento del sistema regional americano, con fundamento en la Organización de Estados Americanos (OEA), cuya carta constitutiva se había aprobado entre los escombros y la desolación que dejó el 9 de abril de 1948 en Bogotá.

Este principio básico, el de la no intervención en los asuntos internos de una nación, subrayado pocos días antes de su inesperada muerte, era una idea recurrente en la concepción de la política de la administración Kennedy. Unos meses antes de que el mundo, atónito, lo viera desaparecer de la escena, es-

cogió precisamente el escenario de una universidad, en Washington D.C., el 10 de junio de 1963, para recordar, con un gran pensador, que pocas cosas hay más bellas en el universo que una universidad: “El lugar donde aquellos que aborrecen la ignorancia empiezan a ilustrarse y aquellos que perciben la verdad luchan para que otros la compartan”. En ese escenario, donde el presidente Kennedy pronunció palabras que permanecen esculpidas a las orillas del río Charles, en Cambridge, en un sitio cercano a sus afectos, él también rechazó la idea de una *pax americana* que fuera impuesta al mundo mediante las armas. Su idea era la de una paz genuina, diferente a la de la tumba o a la de la esclavitud.

Albert Hirschman expresa ese dilema y las dificultades inherentes a la Alianza para el Progreso de esta forma:

Enfrentada a la realidad de la revolución cubana de un lado y a las exigencias y compromisos asumidos en el marco de la alianza para el progreso, América Latina volvía a encontrarse frente al dilema de siempre: el cambio a través de la revolución violenta o por medios pacíficos (1963).

OEA, public domain.



Celso Furtado, desde la orilla opuesta, expresaba sus dudas sobre una concepción del desarrollo económico proveniente del extranjero, al interior de los países beneficiarios, y que afirmar que, después de eliminar los obstáculos para el *take-off*, desaparecerían los riesgos de inestabilidad social y política es algo que, a juicio suyo, ingenuamente pensaron los artífices de la alianza; ella era el fruto más brillante de esta concepción según su opinión.

El presidente Kennedy, consciente de la importancia de la inversión privada internacional, le concedió, siguiendo el conocido principio de la subsidiariedad, un papel para complementar los esfuerzos gubernamentales de los estados americanos, siempre y cuando respondiera a las necesidades de los estados miembros de la organización regional, a las leyes e intereses de las naciones, y que cooperara con la actividad pública, tanto en su nación de origen como en las de los destinatarios de la inversión misma.

► Pág. 51 - En el panorama actual del continente, pese a la preeminencia norteamericana, se ha dado cabida a Brasil como un nuevo líder regional.

► Abajo - El 11 de marzo de 1961, en Washington, Estados Unidos, el Presidente John Fitzgerald Kennedy aprobó la Alianza para el Progreso con América Latina.

Resulta inaceptable, sin embargo, la inadecuada interpretación que el presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) Luis Alberto Moreno dio, en declaraciones a EL ESPECTADOR el 20 de marzo de 2011, sobre la propuesta del presidente Kennedy, como si ella hubiera sido una motivación para que el credo neoliberal impuesto en América Latina por el consenso de Washington se originara en la Alianza para el Progreso. La Alianza no propuso arrasar con la inversión privada extranjera, pero situó su papel como complementario del esfuerzo público de los Estados miembros de la OEA. Por lo cual, pensar que estuvo en su concepción original prohijar la concepción

NASA, public domain.



neoliberal, que tantos males causó en América Latina, es una interpretación acomodaticia de la historia, y que, desde luego, riñe con la verdad.

Al respecto, el Presidente Kennedy tuvo una claridad meridiana sobre las responsabilidades inherentes al sector privado que le dio amplia reputación en América Latina y en el resto del mundo. Así lo expresó el 11 de abril de 1962, frente a la decisión –inconsulta e irresponsable– de dirigentes de la industria siderúrgica norteamericana que, según su juicio, resultaban contrarios al bien común temporal y a la política de ingresos y salarios de su administración:

El pueblo americano encontrará inaceptable, como yo lo encuentro, una situación en la cual algunos ejecutivos de la industria siderúrgica, cuyo ejercicio del poder y motivación de utilidades sin límites, [sic] excede el sentido de la responsabilidad pública al decidir aumentos exagerados en el precio de sus productos, en detrimento de los intereses generales de la comunidad y con total desprecio del bienestar de 185 millones de americanos (1964).

Quien hablaba así mal puede considerarse como precursor del neoliberalismo económico de fines del siglo pasado, del cual Luis Alberto Moreno aparece como un epígono trasnochado, cuando ya en el hemisferio se superó esa concepción.

Para América Latina ésta era una tarea de proporciones hercúleas y para los Estados Unidos representaba someterse a un proceso de rectificación y limpieza de su propio pasado, con el fin de adquirir un compromiso hasta entonces inimaginable con los países de este hemisferio. Por consiguiente, la Alianza tuvo una gestación difícil y un proceso de arranque que llevó a muchos estudiosos y figuras destacadas del pensamiento y de la política a un nivel de escepticismo acerca de si esta empresa podría tener éxito.

Para un visionario como Kennedy, quien a pesar de su juventud había tenido ya diversas experiencias políticas y militares que lo habían entrenado en el difícil arte de gobernar, los obstáculos iniciales de la Alianza no constituyeron un impedimento para dedicarle todos los recursos de Estados Unidos y establecerla como el punto fundamental de la nueva política interamericana. En un mensaje dirigido al Congreso de los Estados Unidos el 12 de marzo de 1962 (un año después de la promulgación oficial de la Alianza) Kennedy advirtió que:

[...] la tarea de la Alianza no es para un año, sino para un decenio. Se requieren numerosos cambios en la perspectiva y en la política de los estados america-

El presidente Kennedy, le concedió un papel a la inversión privada, para complementar los esfuerzos de los Estados latinoamericanos.

nos, deben surgir nuevas instituciones, nuevos planes, que no pueden quedarse en el papel sino asumir una realidad existencial.

Adicionalmente, solicitaba al Congreso aquello que hoy, frente a la magnitud de recursos que se han destinado para operaciones de salvamento financiero o para aventuras bélicas como la de Irak, parece una suma insignificante, pero que en 1962 constituía un gran esfuerzo, al pedirle tres billones de dólares para los próximos cuatro años, con apropiaciones anuales que distinguían

claramente los préstamos para el desarrollo y los que debían emplearse en la tarea de darle impulso a la Alianza para el Progreso.

El Presidente Kennedy no concibió la Alianza para el Progreso como un mero programa de ayuda externa, con la connotación natural que llevan todos los programas de ayuda, por definición egoístas, y que forman parte de la política externa de las grandes potencias. Para él, y así lo destacó nuevamente en un discurso ante la Sociedad Interamericana de Prensa pronunciado en Miami Beach el 18 de noviembre de 1963 (pocos días antes de su muerte trágica):

La Alianza va más allá de un esfuerzo de cooperación para financiar planes de desarrollo; es una batalla para el progreso y la libertad de las naciones latinoamericanas y debe ser concebida como un asunto de gran interés, primero por tratarse de un tema de justicia social que impone una actitud diferente para crear oportunidades y movilizar recursos a fin de ayudar una vasta población y otra por tratarse de un asunto de bienestar económico en que se reconoce que cada americano debe tener un derecho a una vida decorosa para él y para su familia y que en la búsqueda de este bienestar económico la Alianza para el Progreso no se ha concebido para indicarle o sugerirle a una nación cómo debe organizar su vida económica, qué forma deben asumir sus instituciones económicas, ya que ningún país puede dictar a otro, más allá de sus propias fronteras, reglas sobre la organización del mismo [sic].

Cincuenta años de la Alianza para el Progreso y cincuenta que se cumplirán, a finales del presente año, para conmemorar la inauguración de aquello que fue el Proyecto de Vivienda de Techo en Bogotá, a cuya inauguración

asistió con su esposa el entonces presidente de E.E.U.U en la localidad bautizada, después de su muerte, como Ciudad Kennedy. Son dos fechas dignas de ser recordadas. La primera, para registrar la nobleza de acción en lo que fue un esfuerzo significativo de una política de cooperación internacional, hasta ese momento desconocida. La segunda, por haber sido Bogotá uno de los pocos lugares de América Latina –posiblemente el único– que, en su condición de Presidente de Estados Unidos, visitó Kennedy, en el marco del desarrollo de un proyecto enmarcado dentro de los ideales de la Alianza para el Progreso. Todo queda hoy como un testimonio de lo que fue la admiración y el respeto que esa figura produjo en América Latina y que, como dijo Alberto Lleras Camargo, “con su muerte quedó en la oscuridad de un túnel y perdió una orientación decisiva”.

Sólo en ese momento el continente a donde vino a refugiarse todo aquel que no tenía una oportunidad en el “Viejo Mundo”, que no contaba con capacidad para escapar del rigor de las jerarquías, de las clases rígidas en el trabajo, de los placeres o de cualquier forma de la comunidad con los demás hombres, fue lo que pensaron que fuese América los conquistadores, los colonizadores y los padres de cada uno de nuestras repúblicas. Todos recordarán estos primeros pasos de la Alianza para el Progreso “con gratitud y admiración”, tal como dijo el presidente Alberto Lleras Camargo en 1961, durante la inauguración del proyecto de lo que hoy en día es Ciudad Kennedy.

ANTONIO COPELLO FACCINI es Doctor en Jurisprudencia y Colegial Mayor del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; Licenciado en Derecho Canónico de la Universidad Javeriana. Se especializó en Derecho Comercial y Gerencia Internacional en Italia y Suiza, y tiene un Máster en Economía y Administración Pública de Syracuse University, Estados Unidos. Es miembro del Consejo Directivo de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, del que también fue presidente durante dos lustros. Se desempeñó como profesor universitario durante más de 25 años y ejerció como Ministro Plenipotenciario de la Embajada de Colombia en Washington (1990-1993) y como Sub secretario General de la Presidencia de la República (1961-1962).

Referencias

- HIRSCHMAN, Albert (1974). *Journeys Toward Progress: Studies of Economic Policy-Making in Latin America*. Nueva York: The Twentieth Century Foundation.
- KENNEDY, John (1964). *The Burden and the Glory*. Nueva York: Harper and Row Publishers.
- SCHLESINGER, Artur (1965). *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House*. Nueva York: Mariner Books.